

El ascua de la Ciudad Católica debe su vitalidad a dos cosas. La primera es la verdad que posee y difunde; precisamente para la verdad están hechas las inteligencias; y los que verdaderamente la buscan, la logran. Pero nuestra verdad no es ni podía ser otra que la verdad cristiana. Cristo dijo que El era la verdad (Io XIV, 6), y que sin El no podíamos hacer nada (Io XV, 5). De aquí que, más aún que por la humana inteligencia, atribuyamos a su gracia lo adquirido, y en ella esperemos estribar para todo ulterior progreso. Con unas décadas de paciencia y voluntad por nuestra parte, que sin su impulso sólo somos la nulidad del que planta y el que riega (I Cor III, 7). Pero nos esforzamos porque nuestra semilla sea la palabra de Dios (Lc VIII, 11), y esperamos como el labrador «el precioso fruto de la tierra, puestos en él los ojos con longanidad, en tanto que recibe la lluvia temprana y la tardía» (Iac V, 7).

Mire San Fernando con complacencia nuestro modesto fruto; satisfecho lo entregue a su Capitán Cristo; únalo Cristo a su sacrificio que estamos viviendo aquí, para gloria del Padre; y en retorno llene de bendiciones nuestro trabajo, con que se cristianice la vida pública y se imponga por doquier un auténtico orden social cristiano.

DISCURSO DE MIGUEL AYUSO

MEDITACIÓN SOBRE LA CIUDAD CATOLICA

Queridos amigos:

Tras una de mis escasas ausencias a las reuniones de los martes, se me ocurrió preguntar ingenuamente a la semana siguiente: «¿Quiénes van a hablar este año en San Fernando?». Inmediatamente, con inocencia fingida, fui informado del programa: «¡Ah! ¿Es que no lo sabes? Paco Pepe y tú». Como tengo amplia experiencia de la inutilidad de cualquier defensa posterior al hecho consumado —amigos, esa es la lección, hay que ir todos los martes—, y sin resistirme, me hice a la idea y me puse inmediatamente a pensar en qué decirlos.

En mi segunda intervención en estas cenas tan gratas —de la primera hace trece años—, no me apetecía ni el esbozo de traslación histórica a nuestros días de la figura del santo patrón, ni el discurso doctrinal sobre los fundamentos de la acción de Speiro, que son —a no dudarlo— los géneros más fructíferos para la ocasión.

He preferido, por el contrario, hacer una reflexión en voz alta. Por eso, las observaciones me las dirija a mí mismo antes que a nadie. No doy golpes en vuestros pechos, ni mi autocrítica —como tantas veces ocurre— quiero que termine por resultar crítica de los demás. Vaya por delante este reconocimiento, que explica también el tono de mis palabras, que no por sincero va a dejar de ser íntimo y cordial.

El punto de partida de la reflexión es la especificidad de nuestra obra. ¿Nos acordamos? Y no me refiero sólo a nuestra acción en sentido estricto, el que podríamos encontrar en las obras de Jean Ousset sobre el «sano laicismo del laicado cristiano» o en el método de trabajo del Office que él creó y al que hemos proclamado teóricamente nuestra adscripción sin que —creo— hayamos acertado a ponerlo por obra. (En cambio, permítaseme añadir, de pasada, que como

núcleo intelectual en torno a una revista, a la que se han acercado a beber gentes de varias procedencias, hemos cumplido plenamente el objetivo durante muchos años y, quizás en medida algo menor, continuamos llenándolo). Estoy pensando en un estrato más profundo, en un entendimiento nuclear. Verbo pregona que es una revista de formación cívica y acción doctrinal, según el derecho natural y cristiano. Los amigos franceses, ya en tiempos del Office, y luego en el ICTUS, han sustituido «doctrinal» por «cultural», sino que tal mutación deje de tener su trascendencia, al tiempo que en España se ha mantenido inalterada la denominación, lo que alcanza también su relevancia.

En tal dirección Verbo ha dedicado especial atención a la temática de la doctrina social de la Iglesia. Sin embargo, y de suyo, nunca ha pretendido tener el monopolio de esa doctrina, lo que habría resultado particularmente absurdo, ya que en España —al contrario que en Francia, donde Madiran ha podido escribir que los obispos pasaron del liberalismo al socialismo sorteando la doctrina social de la Iglesia— nunca han faltado iniciativas en ese ámbito. Don Angel Herrera Oria y su estela —hoy languideciente en su fondo aunque triunfen algunas de las empresas a las que dio el ser— o el Centro de Estudios Sociales del Valle de los Caídos, desempeñaron en la época más cercana a la nuestra —por no remontarnos a periodos anteriores, en los que también cabría encontrar tendencias más o menos puras o contaminadas pero pretendidamente adheridas a esa fuente doctrinal— un papel relevante en su difusión. Últimamente, incluso, y esta vez no sólo en España, se está produciendo un incremento de estos estudios, que anuncian una auténtica edad de oro, y que el actual pontificado promueve hasta el extremo de haber proclamado 1991 «año de la doctrina social de la Iglesia».

Verbo, sin embargo, que va a cumplir treinta años, siempre ha tenido una posición muy definida en ese cuadro por momentos desvaído o abigarrado y, en principio, tampoco tendría por qué quedarse hoy sin terreno donde desenvolverse. No sólo porque la riqueza de la veta hace que no se agote por muchos que sean quienes a ella se acercan, sino incluso por el modo peculiar de afrontarla. Es decir, tanto por el objeto material como por el singular objeto formal de nuestra perspectiva de su caracterización.

Así, no hemos reducido la doctrina social de la Iglesia a doctrina económica o doctrina sobre el trabajo, ni hemos desligado la cuestión social de su origen político y moral, por lo que no hemos concluido en convertirla en palenque de las llamadas democracias cristianas. Y no es en absoluto mérito que nos sea atribuible —pues en diferentes medidas ha sido posible alimentar nuestros criterios en el magisterio de las papas, desde Pío IX hasta Juan Pablo II—, sino que simplemente muchas de las otras escuelas han incurrido en esos reduccionismos. Y siguen incurriendo a la vista de que las conmemoraciones del centenario de Rerum novarum no han venido precedidas de las de Inmortalis Dei u otras muchas. Reduccionismos, cuando no desnaturalizaciones, a los que no ha dejado de ser ajena la predicación de la Iglesia posconciliar. Recordad el luminoso texto de don José Guerra Campos con motivo del XIV Centenario del III Concilio de Toledo.

Verbo, por un lado, ha huido del naturalismo que impregna tantas aproximaciones contemporáneas a la doctrina social, a través de la nítida vinculación de ésta con la pastoral y la teología. Y por otra parte, se ha hecho solidaria de la tradición de la escuela contrarrevo-

lucionaria. Ha sido la fusión de ambos componentes la que ha librado a los hombres de Speiro de las aporías a que han sucumbido tantas corrientes y, en concreto, el catolicismo liberal y la democracia cristiana: el encarnacionismo extremo y humanístico —en palabras de Canals— que tiende a concebir como algo divino y evangélico las actuaciones políticas de signo izquierdista y el escatologismo utilizado para desviar la atención de la vigencia práctica y concreta del orden natural y cristiano. Hasta el más comprimido elenco de nuestros amigos evita hacer ulteriores precisiones: el inolvidable Eugenio Vegas, Juan Vallet, Rafael Gamba, el padre Victorino Rodríguez, etc.

Dom Delatte, en su Vie de Dom Gueranger distingue entre dos tipos de católicos: los que tienen por primer cuidado la libertad de la Iglesia y el mantenimiento de sus derechos en la sociedad cristiana, y los que se esfuerzan primeramente por determinar la dosis de cristianismo que la sociedad moderna puede soportar para invitar a la Iglesia enseguida a reducirse a ella. Nosotros, contra los vientos de la Historia, nos hemos adscrito a la primera de las líneas, que entiende la doctrina social de la Iglesia —en su acepción restringida— como la contestación cristiana del mundo moderno, sintetizada ejemplarmente en el Syllabus de Pío IX. Jean Madiran lo ha explicado de modo admirable en páginas que han saltado a Verbo en más de una ocasión.

¿A qué viene —os preguntaréis— el anterior recordatorio de cosas sobradamente sabidas de todos? Dame un poco más de tiempo para, sobrevolado el objetivo, alcanzarlo.

La plasmación en España de ese designio al que he venido refiriéndome, a través de la obra de la Ciudad católica, ha presentado notables diferencias con su versión francesa, de las que cabe extraer alguna enseñanza. Cuando en Francia, hacia 1970, y por un conjunto de factores demasiado complejos —si bien alguno del todo evidente— para despacharlos a los postres de una cena, a pesar de vuestras probadas paciencia y bondad, Ousset y Madiran comienzan a ir por caminos distintos, tal hecho tuvo consecuencias desastrosas para nuestras ideas pero no dejó de aclarar muchas ambigüedades. Ousset optó por la acción social y cultural, y Madiran basculó hacia los problemas políticos y religiosos. Es curioso, pero el viejo lema de «trascendet la política que divide con la religión que une» se volvió casi del revés. Ousset había empesado a percibir que la acción social podía ser un campo de unión, mientras que la cuestión religiosa, por el contrario, comenzaba a convertirse en terreno minado. Madiran, por su parte no ocultó las razones de su opción, y así, en 1971, convocó al congreso de Laussane —sobre Fuerza y violencia— desde Itinéraires, pero anunciando que él no acudiría. ¿La causa? Que no se podía —a su juicio— hablar de las formas concretas de violencia sin mencionar el conjunto de violencias que las conciencias cristianas sufrían a través de la reforma litúrgica y catequética.

En España tiramos por la calle de enmedio y, aun haciendo un paréntesis con la crisis eclesial, nunca dejamos la temática formalmente contrarrevolucionaria. Aquí no conocimos la división pero sí una cierta transacción que, a la larga, ha ido parasitando un poco nuestra actividad. Visto desde ahora, cuando en Francia surge una nueva guerra civil ideológica entre los tradicionalistas del tipo Madiran, pero cuando Roma se ve obligada a reconocer la misa antigua y las razones de quienes se enfrentaron con el «espíritu conciliar»

—de modo no del todo diferente al que se encuentra en algunas páginas de Ratzinger, De Lubac o Guilton—, quizás fuimos demasiado conformistas. Aunque la evolución de la Iglesia, en este punto, es siempre delicada, y si el criticismo hipersensible y desbocado constituye una patología, la retorsión de los argumentos y la búsqueda de interpretaciones favorables a Roma contra todas las evidencias es un engaño.

Además de lo anterior, telón de fondo que no he querido omitir, pues no me parece lícito maquillar cuestiones tan trascendentales, observo dos grandes problemas que nos afectan en cuanto grupo. El primero afecta a la continuidad y el reclutamiento. El segundo radica propiamente en nuestra identidad.

Es preocupante —y comienzo por el primero— ver la descapitalización intelectual y personal de nuestro grupo. Creo, con todo, y no es por neutralizar la cal con la arena, que no abundan equipos intelectuales de la entidad del de Verbo. Pero no creo menos que la gráfica de nuestra evolución vital va a la baja. Ya sé que hemos sufrido pérdidas inefables e insustituibles. Aunque lo más grave sea cotejarlas con el catálogo de años. Ahí es donde encuentro más necesario concentrar los esfuerzos, en el reclutamiento y apertura de horizontes. Encerrarse en un ghetto, contentándonos con lo que ya hacemos, no es la única alternativa a la rendición. Cabe continuar la lucha con afán de superación y huir del círculo fatal de la pobreza.

Por aquí enlazo con el segundo problema, y es prevenir el alejamiento progresivo de la orientación específica de nuestro trabajo. Vigilar que no se produzca es necesario siempre, pero más aún si se pone en marcha la recluta a que acabo de aludir. Ampliar la base, sí, pero sobre todo elevar la altura y fortalecer los cimientos. En cambio, un tanto insensiblemente, nos vamos deslizando a cuestiones y tratamientos de impecable ortodoxia pero ajenos a veces a nuestra tradición política e intelectual. Y sin que se compense, lo que podría ser admisible, con la contrapartida de esas nuevas incorporaciones.

Nos hace falta, y la gozosa celebración de los treinta años de Verbo y de las reuniones anuales podría ser buena ocasión, meditar sobre nuestra obra y plantear una estrategia. ¿Es preciso una tregua? Maestu tiene un artículo durante la República en el que explica finalmente que ciertas retiradas momentáneas pueden quedar justificadas cuando sirven al fortalecimiento. ¿Necesitamos más apertura o diálogo intelectual con otros grupos más cercanos que ajenos? Eso en cualquier caso abonaría una mayor solidez en nuestros postulados. Cada uno, estoy seguro, podría añadir un buen número de interrogantes. Pero las respuestas, en la presencia de Dios, con rectitud de intención, deberemos buscarlas entre todos.

DISCURSO DE FRANCISCO JOSE FERNANDEZ DE LA CIGÜÑA

Queridos amigos:

Ya es difícil decir algo de San Fernando que no sea repetir lo que habéis oído en años anteriores. Perdonad, pues, las inevitables repeticiones de estas palabras que podrían titularse añoranza de un rey santo.